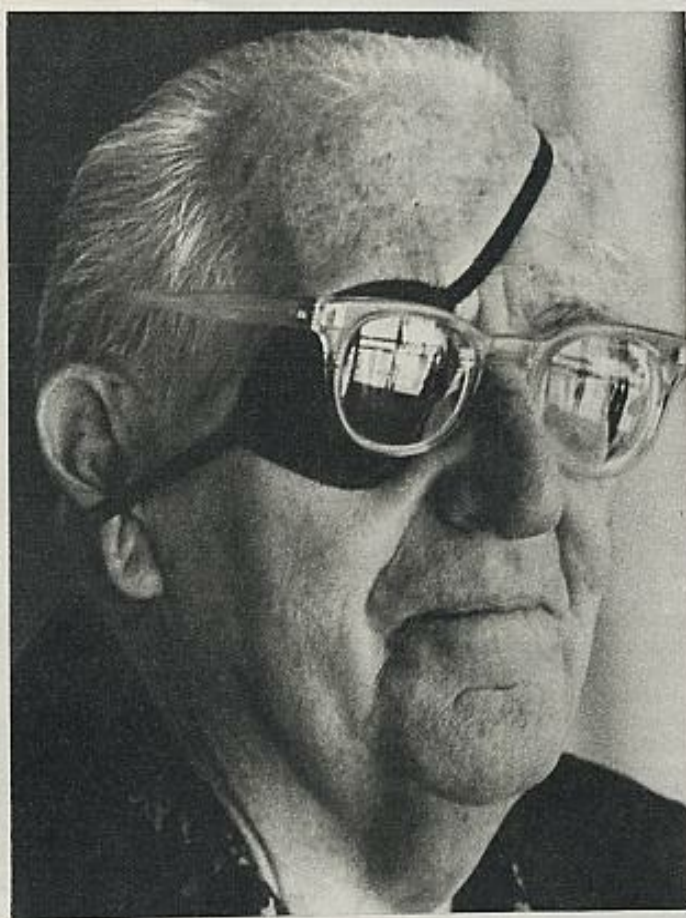


HA MUERTO FRITZ LANG, EL HOMBRE ACOSADO

A los ochenta y seis años de edad ha muerto uno de los directores cinematográficos más importantes y más olvidados de la "etapa clásica". Con él sigue desapareciendo la nómina de unos cineastas que no sólo cubrieron el trabajo de unos definitivos años para el cine, sino también la de quienes, por encima de sus desigualdades, han defendido, a partir de sus películas, una forma de ver la vida (y de ver el cine) que no se conformaba con la simple tarea del entretenimiento. Para Fritz Lang, si bien ninguna película concreta podía cambiar de la noche a la mañana lo que en ella se denunciara, sí podía servir para hacer reflexionar sobre la monstruosidad del hecho denunciado: "No soy un realizador de milagros —decía—. La única cosa que he podido hacer es mostrar algunas cosas y decir 'pienso que esto es verdad' o 'pienso que esto no lo es', 'contemplan ahora las dos cosas, una tras otra'. Mis películas policíacas, por ejemplo, son sólo una forma de criticar algunos aspectos de la vida que existen realmente. Pero esto no quiere decir que intento dar una fórmula para que estas cosas dejen de ser así. Ese no es mi trabajo... No podía más que poner el dedo en la llaga del problema. De otra manera, hubiera tenido que hacerme político".

Para Lang, pues, su responsabilidad como realizador era la de intentar exponer las diferentes caras de un problema, hacer comprender que, además de "la verdad" asumida sin reflexión, puede haber otra, pueden existir, dentro del orden social tan apasionado (o tan pasivamente defendido), aspectos que contradigan la supuesta felicidad oficial. Y entre sus títulos, fundamentalmente entre los que realizara en su etapa americana, aparecen con claridad esas películas que si-



guen la trayectoria de un personaje inocente culpado sólo por la apariencia ("Furia", o "Solo se vive una vez", ambas de 1936), o de un tipo pequeño, inocentón, pacífico, que se ve envuelto en una compleja trama en la que vive atezado; el hombre víctima de unos principios morales o de unos sentimientos que tienen bloqueadas las posibilidades de un desarrollo normal, del hombre, en fin, que puede sintetizar el resultado de una sociedad como la nuestra ("La mujer del

cuadro", 1944, "Secreto tras la puerta", 1948, "Deseos humanos", 1954, o, citando títulos más antiguos, "M, el vampiro de Dusseldorf", 1931).

Más tarde, Lang iría depurando la "calidad" de sus personajes hasta transformarlos de víctimas en justicieros vengadores ("Mientras Nueva York duerme", 1955 o "Más allá de la duda", 1956). De cualquier forma, Fritz Lang es el cineasta pesimista que no perdona la estructura de una sociedad en la

que un hombre puede sentirse perseguido y acosado, en la que cualquier hombre puede dejar de ser él mismo para tener que respetar unas reglas que se le imponen; en la que cualquiera puede perder la vida por un error o por un ideal... Los personajes de Lang no son siempre hombres simpáticos y amables que puedan facilitar una identificación simple con el público: son seres humanos con todas sus complejidades; es decir, no son héroes ni seres "positivos". Por lo tanto, Lang no realiza moralejas en sus películas; expone lo más directa y limpiamente posible las condiciones de un mundo que desprecia y en cuya "regeneración" no creyó fácilmente: "La mayoría de las películas que he visto —decía— cuentan la historia de un héroe individual que resuelve sus dificultades particulares para ser feliz. El problema, sin embargo, no es ese; a mi juicio se trata de entender de qué forma concebimos el mundo".

Quizá el olvido en el que ha muerto Fritz Lang (justificado en parte por la cantidad de años de paro desde su última producción —"Los crímenes del Doctor Mabuse", 1960—) tenga algo que ver con lo poco gratas que fueron sus películas para el gran público tradicional. Lang no solía halagar la sensibilidad de los domingueros (aunque en su abundante filmografía —más de cuarenta películas— hay títulos menos importantes), narrando sus pesimistas crónicas con un estilo que Truffaut calificaría como implacable, y que realmente consistía en la simplicidad extrema. Lang, que fue depurando ese estilo a lo largo de su carrera, se limitaba ya finalmente a colocar la cámara fija ante unos actores que debatían los problemas de sus personajes ante la cruda contemplación del director. Si hay un cine sin efectismos, directo y seguro, ▶



"Los Nibelungos" fue la película que entusiasmó a Hitler, hasta el punto de querer nombrar a Fritz Lang director artístico de la UFA. Pero Lang huyó de Alemania refugiándose finalmente en los Estados Unidos, donde desarrollaría la mayor parte de su obra. Algunos de esos títulos serían: "Mientras Nueva York duerme" y "Perversidad".



"La mujer del cuadro", película que repetiría el reparto de "Perversidad": Edward G. Robinson y Joan Bennett.

HA MUERTO FRITZ LANG

ese es sin duda el de Fritz Lang.

Hay quienes explican la amargura o el pesimismo de Lang a través de su biografía, de su primera etapa alemana y su huida ante la eclosión del nazismo. Y la escasa simpatía del público norteamericano ante sus films por haber desarrollado incluso en la atapa norteamericana de su carrera ese espíritu crítico e inconfortable que no correspondería al agradecimiento de un invitado. Pero todo esto simplificaría demasiado lo que en el fondo fue continuamente la reflexión apasionada de un hombre de cine ante lo que le rodeaba...

Hay títulos en la filmografía de Fritz Lang que podrían desmentir este supuesto crítico. Concretamente uno de los primeros que realizara en Alemania con gran éxito: "Metrópolis", 1926; visión futurista de una ciudad mecanizada e inhumana, estampa trágica de la civilización en la que, sin embargo, los problemas laborales se solucionaban gracias a la intersección de la bondad del hijo del propietario. A pesar de que de "Metrópolis" importa más la imagen impactante de aquellos decorados expresionistas y terribles de la mecanización, Fritz Lang rechazaría más tarde su película a causa de ese "mensaje": "Ya no se puede decir que el corazón es el intermediario entre el cerebro y la mano, ya que se trata de un puro problema económico. No me gusta 'Metrópolis'. Es falsa, la conclusión es falsa, y ya no la aceptaba cuando estaba haciendo la película".

Otros títulos de aquella etapa alemana consagrarían a Lang como uno de los directores más importantes de su momento y su país. Y utilizó las facilidades de trabajo que le dieron ese éxito para realizar una de sus películas clave: "El testamento del doctor Mabuse", donde se denunciaban los métodos terroristas hitlerianos, y don-

de los "slogans" y consignas del Tercer Reich eran puestos en boca de criminales, sádicos y alineados.

"El testamento del doctor Mabuse" gustó poco, lógicamente, a Hitler, quien se había sentido, sin embargo, emocionado ante la contemplación de "Los Nibelungos"; tanto; que Goebbels fue encargado de nombrar a Fritz Lang director artístico de la UFA. Lang aceptó, y gracias a ello tuvo tiempo de acercarse a su casa, preparar la maleta y huir de aquel país donde dejaría no sólo su vida profesional truncada sino incluso la íntima, ya que su esposa, Thea von Harbour, permanecería en Alemania complacida con el nuevo régimen y realizando para él los guiones que antes preparaba para Lang...

Hace seis años Fritz Lang fue presidente del Jurado del festival de San Sebastián. Allí tuvimos ocasión de verle presentar algunas de sus películas. Era un hombre viejo, que tapaba su ojo con un paño negro (y digo "su" ojo porque Lang se confundía de un día para otro, tapándose indistintamente el derecho o el izquierdo), grande, bonachón, sordo, que deambulaba despedido por una ciudad y un festival que quizá no acabara de entender —o que no podía ya ver ni oír—, emocionado por el pequeño homenaje que se le tributó y al que no acudiríamos más de cien personas...

Sorprendido quizá de que, tras las batallas críticas surgidas alrededor de su obra, ante las dificultades continuas que soportó para mantenerla, ante las sumisiones que sufriera, un grupito de españoles podía aplaudirle con entusiasmo. Fritz Lang quizá ya no entendía el sentido, la fuerza, la importancia de una obra que para él formaban parte del pasado. Y, sin embargo, con sólo volver a proyectarlo, se descubría que el cine de Fritz Lang no muere tan fácilmente. Como, desgraciadamente, tampoco muchas de las cosas por las que luchó: la libertad frente a la pena de muerte, la justicia frente a las leyes... ■ DIEGO GALAN.

MOZART-BERGMAN

SE ha dicho que, de no venir firmada por Ingmar Bergman, una adaptación cinematográfica de "La flauta mágica" sólo habría sido vista por melómanos y entusiastas de Mozart. Es muy posible. Bergman goza en estos momentos de un amplio crédito cultural, de una cierta mitificación incluso, que convierte en atractiva cualquier obra que salga de sus manos. Difícilmente se le podrán negar méritos que justifiquen este lugar de honor que hoy ocupa: después de diez años de ser un ilustre desconocido —hasta que se exhibió en Francia su "Sonrisas de una noche de verano", previamente a "El séptimo sello"—, tras otros quince en que se le consideró un autor para "minorías selectas", la audiencia masiva lograda recientemente no hace sino corresponder a una trayectoria ejemplar de la que el cineasta sueco no se ha separado ni un momento. Si esa justa fama sirve para que films como "La flauta mágica" sean proyectados en todo el mundo y el público acuda a verlos por el nombre de su realizador, no encuentro nada condenable en ello. Lamentemos, por el contrario, que otras películas, quizá de categoría similar, pero de autores menos significados, pasen entre la indiferencia o el fracaso. Pero lanzar este hecho contra Bergman —quien lo ha sufrido durante décadas— me parece un síntoma más de la triste operación seudocrítica consistente en rechazar a un cineasta justo a

partir del momento en que es admirado masivamente... Si en nuestra profesión no hubiera tanto ser acomplejado que canaliza su agresividad en un par de folios en vez de resolverla personalmente, si nuestro trabajo no estuviese tan marcado por ese elitismo de querer mostrar continuamente superiores a las obras que analizamos y al público que las sostiene, este tipo de "operaciones" sería por fortuna mucho más escaso.

Porque, insisto, es posible que sin el nombre de Bergman ni siquiera se habría estrenado "La flauta mágica". Pero de lo que estoy convencido es de que, una vez conocida la película, alabáramos igualmente su calidad, la validez de sus imágenes. No entro en cuanto suponga musicalmente la ópera (o, más exactamente, "singspiel") de Mozart, o en su dimensión como fábula masónica (estudiada a fondo por Jacques Chailley en su "La flûte enchantée", ópera "maçonnique"), aspectos ambos que trata junto a estas líneas mi compañero José Ramón Rubio, sino en el trabajo de adaptación que Bergman ha efectuado para su conversión en imágenes. Un trabajo nada espectacular ni detonante, casi "secreto", pero de un rigor y una seriedad que en nada desdican de los aplicados al resto de su filmología. Partiendo de un absoluto respeto hacia la obra mozartiana, de la que conserva casi todo, añade muy poco y varía en lo mínimo;



Bergman ha logrado que "La flauta mágica" sea a la vez excelente cine y continuo homenaje a su origen teatral y musical.